



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Umberto Eco • Friedrich Nietzsche • Tambor Vargas • Felipe Mansilla • Freddy Zárate
Homero Carvalho • Gonzalo Lema • María Teresa Rivera

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXI n° 535 Oruro, domingo 24 de noviembre de 2013





Rostros. Témpera sobre cartón, 20 x 10 cm
Erasmo Zarueta

Realidad

¡Feliz Kant, que podía sentirse contento sólo con dar limosna a un mendigo y renunciar a ir al teatro! ¡Y feliz San Antonio, que resolvía toda su responsabilidad moral rechazando la imagen diabólica de una ninfa danzante que el Maligno le había teletransmitido ante su mítica fantasía! Nuestra realidad, por desgracia, es bien distinta. Responsables de todo un mundo que poseemos cognoscitivamente, en la práctica nos sentimos débiles y cobardes... La angustia (a causa de la impotencia culpable) es nuestro patrimonio de hombres morales de este siglo.

Umberto Eco. Italia, 1932. Escritor y filósofo.

Lo que queda del arte



Verdaderamente, el arte tiene un valor mucho más grande en ciertas hipótesis metafísicas, por ejemplo, si se admite la creencia de que el carácter es inmutable y de que la existencia del mundo se repite perpetuamente en todos los caracteres y acciones; en este caso, la obra del artista se convierte en la imagen de lo eternamente definitivo, mientras que, según nuestra concepción, el artista nunca puede dar a su imagen más valor que por un tiempo; porque como el hombre, en general, es el producto de una evolución y está sujeto a cambio, el individuo no es algo fijo ni definitivo. Lo mismo sucede en otra hipótesis metafísica; suponiendo que nuestro mundo visible no fuese más que una apariencia, el arte vendría entonces a ponerse bastante cerca del mundo real, pues entre el mundo de la apariencia y el mundo de ensueño del artista habría, en este caso, bastante semejanza; y las diferencias que quedasen pondrían incluso la importancia del arte por encima de la importancia de la naturaleza, porque el arte expresaría las formas idénticas, los tipos y los modelos de la naturaleza. Pero estas hipótesis son falsas: ¿qué puesto, después de esta constatación, le queda aún al arte? Ante todo, ha enseñado, durante miles de años, a considerar con interés y placer la vida en todas sus formas y a fomentar de tal modo nuestras ilusiones, que acabamos por exclamar: "*Sea lo que sea la vida, es buena*".

Esta teoría del arte, de sentir placer en la existencia y de considerar la vida humana como un trozo de la naturaleza, sin abandonarse demasiado violentamente a su movimiento, como objeto de evolución regular, esta teoría ha echado raíces en nosotros y se nos presenta ahora como una necesidad poderosa de conocimiento. Podríamos abandonar el arte, no por eso perderíamos la facultad de que nos ha dotado, así mismo como hemos abandonado la religión, pero no las elevaciones y transportes del alma conquistados gracias a ella. Así como el arte plástico y la música mudan la riqueza de sentimientos realmente conquistada y ganada mediante la religión, del mismo modo, después de una desaparición del arte, la intensidad y la multiplicidad de los goces de la vida que ha implantado seguirían pidiendo también satisfacción. El hombre de ciencia es el desarrollo ulterior del artista.

Friedrich Wilhelm Nietzsche.
Filósofo y filólogo alemán (1844-1900).


el duende
director: luis urqueta m.
consejo editor: benjamín chávez c.
ernesto zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 418 telfs. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
turquieta@zofro.com
www.lapatriaonline.com.bo/elduende



El Dueñde no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.



Desde mi rincón

El latín en el Perú

TAMBOR VARGAS

Nadie podrá decir que el tema del latín en el pasado latinoamericano goce de popularidad alguna o, por lo menos, de cierto interés universitario. Y aunque esto vale, elevado a la quinta potencia, si lo aplicamos a Bolivia, quien quiera podrá respirar más tranquilo cuando le digan que tenemos amplia compañía. Y es que, con sus más y sus menos, el diagnóstico encuentra verificación en el conjunto del planeta. Aparte otros argumentos de mayor finura, ¿quién podría interesarse cabalmente por 'lo latino' cuando una feroz crisis tiene atenazado medio mundo 'culto'?

Y sin embargo, en el vecino Perú acaba de salir una obra sería que se propone enfocar ese tema, como podemos comprobar ya desde su mismo título: *El latín en el Perú colonial. Diglosia e historia de una lengua viva* (Lima, Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos - Pákarina Ediciones, 2013), 373 p. La obra es fruto del trabajo de la Dra. Ángela Helmer, quien después de residir un tiempo en Alemania, se trasladó a los Estados Unidos y allí cursó estudios de lingüística y literatura en la Universidad de California en Los Ángeles; y en ella se ha doctorado en Filosofía: para ello ha defendido la tesis que está en la base del libro que trataré de presentar.

La arquitectura de la obra resulta clara. La primera parte está dedicada a aclarar el concepto de 'diglosia': su origen, variaciones conceptuales que ha conocido, su poder explicativo de ciertas situaciones lingüísticas, aplicabilidad a la situación colonial peruana. La segunda se centra en la sociedad peruana durante la época colonial, con especial atención a la educación y a la cultura. La tercera hace un recorrido por la historia de la lengua y la cultura latinas, desde su nacimiento en el Lacio romano, su expansión de la mano del Imperio, su supervivencia tras el derrumbe imperial, hasta su recomposición renacentista y su llegada a América con los conquistadores. La cuarta constituye el núcleo del aporte de la autora: por una parte resume los resultados de su investigación, sin olvidar las dificultades y problemas que ha tenido que superar; por otra, presenta, transcribe y traduce cuatro pequeñas muestras del neolatín peruano (de los siglos XVIII-XIX).

Finalmente, la obra se cierra con dos anexos: 1) el catálogo del corpus textual identificado; 2) las reproducciones facsimilares de los cuatro textos escogidos ya mencionados. Conviene subrayar que el mayor aporte de la monografía reside en el primer anexo: ya nos lo dice su considerable extensión de más de cien páginas (pp. 191-302); pero también su propia naturaleza: se trata de las fichas de 504 textos identificados y ubicados en diferentes bibliotecas; y la autora insiste una y otra vez que no pretende haber agotado este filón, pero se limita a incluir lo que conoce 'experimentalmente' (como diría nuestro Moreno).

Conviene insistir en lo que acabo de decir: este inventario de medio millar de piezas impresas es el mejor aporte que deja el libro de la Dra. Helmer. Lo pienso porque así establece un punto de partida tangible y sólido para el desarrollo de los estudios neolatinos peruanos. Y que esa base pueda ampliarse con otros materiales no le quita ni un ápice de la utilidad que ya presta desde ahora. Tampoco podemos perder de vista que este inventario sólo incluye textos impresos: cabe prever, por tanto, que las adiciones de textos manuscritos son, más que posibles, probables y esperables; y estas dimensiones de crecimiento son claramente imprevisibles, pues dependen de prospecciones serias en archivos y bibliotecas, tanto del Perú como de otros países.

Hasta aquí he procurado dar una información lo más es-



cuenta y objetiva posible sobre el contenido de la obra de la Dra. Helmer. Y en este sentido, lo dicho no corresponde propiamente a mi 'punto de vista', sino a lo que ofrece la obra misma. Sin embargo, creo que el lector (del libro, pero sobre todo de este artículo) tiene derecho a esperar algunas opiniones de otra naturaleza, pues de otra manera no podría hacerse una idea ajustada a la realidad. Con la misma franqueza, pues, con que he destacado el valor de la investigación de la Dra. Helmer, debo mencionar también algunos hechos y características que me parecen prestarse a la perplejidad o a la disidencia. En mi enumeración no pretendo agotar la lista, pues me voy a limitar a los puntos que me parecen más claros.

Podemos empezar por la delimitación espacial de la investigación: la autora habla, desde el título, de 'Perú colonial'; pero, de hecho, no sólo no abarca todo el territorio virreinal peruano, sino que ni siquiera alcanza a ocuparse del territorio actualmente 'peruano': de hecho, el libro habría merecido como título algo así como 'el latín en Lima'. No hace falta explicar, pues, que tanto Quito como Charcas quedan fuera de la pesquisa de Helmer: parecería, pues, que no tanto 'quedan', sino más bien 'los deja' fuera de su consideración, pues de su trabajo parece claro que lo ha hecho con evidente conciencia. No diré que sea una opción ilegítima; lo que encuentro a faltar es, primero una justificación razonada de tal opción; luego, un ajuste de las etiquetas a las realidades, evitando ambigüedades o malentendidos.

Al respecto cabe recordar que acabo de aludir a un antiguo contenido conceptual, cultural e histórico que se viene arrastrando sobre los 'derechos de herencia' entre el Perú republicano y las repúblicas que otrora formaron parte del mismo virreinato, pero luego han entrado en el régimen republicano con otras etiquetas. Pero más allá de las 'cuestiones de nombres', me parece importante que unos y otros tengamos claras las realidades y los respetemos en nuestros respectivos intereses preferidos; pero, sobre todo, que en la investigación territorialmente sectorial, no perdamos de vista el espeso tejido de relaciones vigente en la época de estudio.

Tomando la obra en sus propios términos, me parece claro que, a la hora de ofreceremos un análisis transversal de las diversas áreas de existencia de la lengua latina en la sociedad colonial limeña, la Dra. Helmer se queda por debajo de lo que cabía esperar de sus intenciones anunciadas. Porque, dejando de lado lo que sólo puede tomarse como los antecedentes, el marco social e intelectual, materia de la parte o capítulo II ('Sociedad', pp. 69-95); o el otro anticipo estadístico, a vista de pájaro, de los sectores temáticos cubiertos por el corpus / in-

ventario (pp. 116-136), cuando finalmente esperaríamos llegar al objeto de estudio propiamente dicho, es decir a la parte o capítulo IV (pp. 139-182), fuera de las consideraciones metodológicas sobre el desarrollo de su investigación (pp. 141-147, que por cierto no están huérfanas de interés), resulta que a la hora de las 'nueces', apenas si encontramos la semblanza de Peralta y Barnuevo (pp. 147-148) y la transcripción de los cuatro breves textos latinos seleccionados, con sus respectivas traducciones de la autora (pp. 150-182) y, más adelante, entre los anexos, su reproducción facsimilar (pp. 303-355).

Creo francamente que ni la autora ni nadie podría pretender que con esta obra se ha hecho justicia al tema prometido. Y creo que la causa de todo está en que, en lugar de haber seleccionado un sector (temático, cronológico, institucional, genérico...), ha querido abarcar demasado. Esto sólo habría sido plausible en una monografía fruto maduro de la dedicación de varios lustros y por parte de quien también hubiese llegado a la madurez. Detalles incompatibles con un doctorando. Quizás así pueda entenderse mejor porque más arriba he considerado el corpus / inventario textual como el fruto más sólido de esta monografía.

Quiero acabar esta valoración preliminar del libro de la Dra. Helmer con otra observación crítica. Se refiere a la parte o capítulo I, bastante extenso (pp. 27-67) y dedicado al tema de la 'diglosia', concepto fundamental en la socio / etno / lingüística. No entraré a discutir si la reconstrucción de la evolución del concepto, con sus meandros, refleja objetivamente la realidad; en cambio, sí me parece excesivo el espacio que le ha dedicado. En cuanto a la premisa en que Helmer apoya su descripción del latín colonial 'peruano' (la de que en él se verifica la noción de 'diglosia'), creo que habría bastante que debatir, aun sin entrar en las discrepancias internas entre quienes utilizan el concepto de diglosia. Resumiendo mi punto de vista, no acabo de ver que en la situación y funcionamiento del latín en la sociedad colonial limeña pueda verse verificado aquel concepto.

Por lo demás, creo que la Dra. Helmer exagera a la hora de definir el peso y la importancia de los espacios en que el latín 'viva', dándole el estatus de 'lengua A'; la razón definitiva para discrepar es que considero que en las sociedades coloniales iberoamericanas el latín nunca resultó culturalmente 'necesario' (salvo, claro está, en los pequeños nichos gremiales: eclesidástico o universitario). Y esto habría sido así porque Iberoamérica nunca formó parte viva de una ecumene que la trascendiera y en la que sólo pudiera integrarse mediante una lengua franca como la latina, neutral a las nacientes lenguas 'nacionales'.

Con estas observaciones críticas no quisiera transmitir al lector la impresión de que la obra de la Dra. Ángela Helmer es un esfuerzo frustrado. Pienso que en el caso peruano esperábamos un primer esfuerzo en la materia. Ahora los progresos dependerán del acierto y entusiasmo con que la misma Dra. Helmer u otros se dediquen con constancia a desbrozar parcelas más reducidas del tema global. Y así la obra pionera de Helmer habrá cumplido con la función de abrir un campo de trabajo. Y por ello ya merece desde ahora nuestra gratitud.

H. C. F. Mansilla



Retórica convencional, falta de curiosidad e imaginación creadora

Desde la restauración de la democracia en 1982 he participado en innumerables foros, debates, mesas redondas y foros similares de discusión en el seno de los estratos universitarios y académicos y en muchos cursos de las facultades de ciencias políticas, sociales e históricas. Siempre me ha llamado la atención la falta de curiosidad de los bolivianos salvando las excepciones, obviamente por lo que pasa allende las altas montañas que protegen al país y que antiguamente lo aislaban del mundo. Para provocar al público asistente, pero con el debido cuidado, he mencionado con frecuencia asuntos que la opinión pública mayoritaria considera como tangenciales, por ejemplo: la disolución de la Unión Soviética y del bloque socialista, la Primavera Árabe, las tendencias de la investigación en el ámbito europeo, el alcance de la tecnofilia y las causas del apoyo del gobierno boliviano a los regímenes de Libia y Siria. Docentes y estudiantes suelen escucharme con interés, pero jamás han preguntado algo sobre estas cuestiones (o parecidas) y nunca han iniciado una pequeña controversia en torno a estos temas. Ellos retornan inmediatamente a los problemas del día, a la coyuntura política del momento y a las teorías que les brindan seguridad doctrinaria, como las difundidas por Eduardo Galeano.

En este contexto me acuerdo a menudo de un breve y brillante artículo de Miguel de Unamuno, que tiene que ver directamente con la temática aquí tratada. Se titula "La imaginación en Cochabamba" (1910). Unamuno impugna la opinión de Alcides Arguedas en su obra clásica *Pueblo enfermo*, quien había atribuido una considerable fantasía, un "deshorde imaginativo, fecundo en ilusiones", a los habitantes de aquella ciudad. En su refutación el pensador español equipara las actitudes de bolivianos, hispanoamericanos en general y españoles, y asevera que hay que diferenciar entre la retórica ampulosa y la reiteración de certidumbres tranquilizantes firmemente arraigadas, por un lado, y la genuina imaginación creadora, por otro. Unamuno va más allá y afirma que los pueblos del Nuevo Mundo y de la España premoderna no exhiben habitualmente una fantasía inteligente, sino un apego rutinario a unos cuantos principios invariables que brindan seguridad. Son dogmáticos, sentencia Unamuno, a causa de la pobreza imaginativa, y no por tener una auténtica fantasía soñadora. Y esta inclinación, dice Don Miguel, está estrechamente vinculada a la picardía cotidiana, a la malicia sistemática, que, disimulada por la oratoria frondosa y celebratoria, refuerza los prejuicios de vieja data y sosiega al espíritu convencional. Hasta hoy en Bolivia la astucia es considerada como una forma superior y hasta sublime de la inteligencia, y no sólo en el imaginario popular.

La actitud reseñada aquí favorece una integración fácil al modo de vida prevaleciente (incluyendo el uso masivo de computadoras, teléfonos celulares y cuanto cachivache técnico aparece en el mercado) y rechaza al disidente, al que piensa y obra de modo autónomo, al que se desvía del grupo y, por consiguiente, al que exhibe espíritu crítico. Estos valores conformistas de orientación están muy difundidos en todas las clases sociales, las regiones geográficas y las comunidades étnicas del país. Y por ello se puede aseverar que la indiferencia frente a la libertad de prensa, al derecho a la información y a la educación racional moderna, conforma hoy una predisposición social muy expandida, que precisamente a causa de ello pasa desapercibida y resulta difícil de ser modificada.



Toda esta constelación de fondo sirve para fundamentar la tesis siguiente. Pudiendo equivocarme, creo que las herencias civilizatorias autoritarias, que provienen principalmente del Imperio Incaico y de la era colonial española y que todavía se hallan con buena salud, han fomentado una actitud generalizada de indiferencia de la mayoría de la población boliviana frente a los derechos humanos y la educación racional, actitud que puede durar un tiempo muy largo.

Se trata de una combinación de desidia frente a los mejores frutos del racionalismo occidental (los derechos humanos y la educación moderna), junto con un marcado desinterés por el mundo exterior, combinación que se manifiesta también en el funcionamiento fáctico de las universidades bolivianas, aunque las declaraciones retóricas de sus autoridades vayan en otro sentido. El ámbito universitario no es, evidentemente, una abreviatura simbólica de toda la sociedad, pero el análisis del mismo nos permite sacar algunas conclusiones provisionales acerca de la mentalidad colectiva. El Comité Ejecutivo de la Universidad Boliviana (CEUB) encargó un extenso estudio llevado a cabo bajo la dirección de un conocido sociólogo español, Emilio Lamo de Espinosa, que fue publicado (1998) por el Convenio Andrés Bello con el título *La reforma de la universidad pública boliviana*. Uno de los motivos principales para emprender este análisis era la notable desproporción entre la magnitud del número de estudiantes y profesores, por un lado, y la escasa participación de docentes y alumnos en labores de investigación, en publicaciones científicas internacionales y en el registro de patentes, por otro. Como agravante se debe mencionar el hecho de que las universidades estatales no sufrían entonces ni sufren ahora por falta de recursos financieros.

Siempre se pueden constatar excepciones, por supuesto, pero en general el sistema universitario boliviano no hace honor a dos elementos centrales que deberían caracterizar a esta institución: la universalidad del conocimiento y la investigación científica. Y para ello hacen falta dos factores muy conectados con la libertad de expresión, el derecho a la información y la educación racional: (1) el propósito de cuestionar las verdades del momento y (2) el anhelo de comprender el mundo más allá del entorno inmediato. El estudio mencionado detectó que la población universitaria mostraba muy poco interés por poner en duda las modas ideológicas que predominaban en aquel entonces y que sentía escasa curiosidad por aprender algo de otros espacios civilizatorios. Los estudiantes preferían dogmas sencillos que confirmasen sus propios prejuicios; lo desconocido no poseía ningún atractivo intelectual.

La hiperpolitización de las universidades bolivianas a partir de 1952 no significa que los estudiantes comprendan mejor la

esfera de los intereses públicos. Es un fenómeno recurrente que encubre "una tupida red de intereses" particulares, como dice Lamo de Espinosa, manejada por funcionarios "celosos de su parcela de poder". Esta aseveración vale para los docentes y los empleados administrativos, independientemente de su ideología política. La radicalidad del discurso, a menudo izquierdista o indigenista, oculta el control corporativo de la burocracia enquistada en estas instituciones sobre contenidos, programas, cursos, organización interna, uso de fondos y designación de docentes.

El estudio mencionado, ignorado por todo el sistema universitario boliviano, indica que los estudiantes abrazan por comodidad las modas ideológicas del momento, sin pensar mucho en su pertinencia histórica y su calidad conceptual. Frente a este contexto la libertad de expresión no posee un valor relevante, tiene un sentido profundo si uno dice cosas que no corresponden necesariamente a la opinión común y mayoritaria del tiempo. La mejor justificación de la libertad de prensa reside precisamente en expresar concepciones incómodas con respecto al gobierno de turno y críticas frente a la cultura generalizada del país. Reiterar los prejuicios colectivos y amparar las consignas oficiales no constituye una actitud que enriquezca el saber intelectual. A su vez, el derecho a la información —es decir, el derecho a saber lo que todavía no se sabe— tiene sentido si una sociedad atribuye un valor positivo al examen de lo extraño y desconocido. No sólo engloba el aprender algo acerca de tierras exóticas, sino ante todo exponernos a teorías que pueden significar una crítica de nuestras convicciones más profundas. Esta actitud es la que nos permite comprender los límites y las carencias de lo que apreciamos entrañablemente. Suena desagradable, pero es el mejor camino al conocimiento científico.

Hugo Celso Felipe Mansilla Ferret.
Argentina, 1942. Doctor en filosofía.





“Gracias por existir”



La prolífica producción biográfica del escritor y diplomático boliviano Alfonso Crespo Rodas (1916-2011) pasó de forma relativamente desapercibida por el sector intelectual y universitario. Las semblanzas escritas por el “señor de la biografía” fueron en muchos casos realizadas a pedido. Es fácil suponer que estas vidas descritas por Crespo carecen de cierta objetividad y reflejan visiones interesadas. El autor del *Cóndor indio* brindó su pluma a *Hernando Siles, el poder y la angustia* (1985), *Hernán Siles Zuazo, el hombre de abril* (1997), *Lydia, una mujer en la historia* y *Banzer, el destino de un soldado* (1999), entre otros. Debo manifestar que por esa razón no me llamaba la atención el autor ni mucho menos sus libros. Pero hace algunos meses atrás me topé con un curioso y raro ejemplar de Alfonso Crespo que tenía el título *Evita, viva o muerta*, publicado por la editorial Fontalba (Barcelona, 1980). La cubierta del libro lleva una bella fotografía donde aparece una mujer bella y elegante. Esto concitó mucho más mi atención e interés sobre esta biografía. Después de tener en manos varias obras de Crespo, debo de manifestar que las dos semblanzas que encumbrian a este autor en el campo de las letras son *Santa Cruz, el Cóndor indio* (1944) y *Evita, viva o muerta* (1980).

Con respecto a su estudio sobre *Evita* el escritor Alfonso Crespo señaló: “Redacté *Evita, viva o muerta* durante mi permanencia en Buenos Aires, entre 1969 y 1975, como representante de la Oficina Internacional del Trabajo, agencia de las Naciones Unidas. Tuve contacto directo con el general Perón, pero no con Evita, que falleció en 1952. Pude comprobar que las opiniones de los argentinos diferían desde el vilipendio hasta la adoración, lo que me sugirió tratar de escribir un relato imparcial, interrogando a gentes de uno y otro bando, en especial a gente que la había conocido personalmente”. Esta fascinante biografía me llevó a la conclusión de que todo historiador se afana con gran pasión por tratar de reconstruir el espíritu y el alma de una época determinada. Pero, en última instancia, ese propósito queda limitado e incompleto por poseer recursos limitados y en algunos casos estar rodeado de visiones interesadas. En consecuencia, la base sobre la que descansa el conocimiento histórico es y sigue siendo nuestro propio yo subjetivo, cargado con las condiciones y limitaciones de nuestro tiempo. Por mucho que nos esforcemos en conquistar una cierta y aparente objetividad nunca conseguiremos apropiarnos de las modalidades internas de periodos pasados hasta el punto de sentir su auténtico aliento.

A mediados del siglo XX, Argentina vivió uno de sus procesos políticos más conmovedores y más aún, con un desenlace melodramático que tuvo nombre y apellido: Evita Perón. Hasta el día de hoy llumba la atención que esta mujer supo condensar brillantemente en la praxis el poder autoritario y concebir discursos esperanzadores.

Eva María Ibarguren nació en Los Toldos, el 17 de mayo de 1919. El padre, Juan Duarte no asumió la paternidad hasta la edad de los seis años de sus hijos. Eva Duarte de familia marginal tuvo que emigrar el 3 de enero de 1935 de Junín a Buenos Aires. Llevaba consigo el sueño de ser actriz de teatro, una maleta de carton y cien pesos argentinos. Al llegar a la estación de ferrocarriles nadie la conocía. Nadie la esperaba. Su permanencia en el teatro estuvo limitada por no tener un gran brillo en los escenarios. Siempre tuvo papeles secundarios. Progresivamente incursionó en una emisora radiofónica en la capital.

Era una actriz mediocre y una locutora anónima cuando se le abrió otro camino inesperado. El azar, la casualidad, la eventualidad, la cita con el destino estaba fijada el 22 de enero de 1944, día en que la actriz Eva Duarte trabó amistad con un sonriente coronel del ejército argentino, llamado Juan Domingo Perón (1895-1974). Eva se acercó a Perón y le dijo la frase que cambiaría su vida: “Gracias por existir”. Estas tres palabras llegaron al corazón de Perón. Al año siguiente Evita contrajo nup-

cias con él. Desde entonces adoptó para sí el apellido de gran prestigio militar y político, Perón.

Físicamente Eva Duarte era delgada, morena, de cabello negro y no muy afecta al sexo. El general Perón le decía “negrita”. Eva muy perspicaz vio en reproducciones de color que muchas obras de arte de los santos llevan una aureola dorada en sus cabezas. Eso ilumina al santo y hace resplandecer a la figura religiosa. Su peluquero personal le habría dicho: “El cabello rubio es como una aureola y sobre todo si es abundante”. Desde ese momento Eva se hizo colorear a rubio y su propósito fue reflejar esa aura de esperanza que atribuyen los pobres a los santos. La doble personalidad de Eva estuvo entre ser la esposa del presidente Perón, cuyo rol era recibir honores, ir a cocteles y lucir de gala; la otra Evita era la mujer del líder de un pueblo que ha depositado toda su fe y esperanza en el caudillo. En ambos casos hay una mujer elegante, impactante y pomposa que relucía los diseños del afamado diseñador francés Christian Dior, quien llegó a afirmar: “A la única reina a la que vestí es a Eva Perón”. Su forma de vestir entre impactante y de un lujo casi in-moral ante la pobreza del pueblo argentino, era incongruente con las ideas populistas y solidarias de las que ella misma era abanderada. Eva misma expresó: “Yo quiero estar linda para mis grasitas (...). Los pobres no quieren ser representados por una mujer vieja, fea, pordiosera, sino el pueblo quiere ser representado por una mujer bella y elegante”.

En 1946 el general Perón fue elegido presidente de Argentina, momento que a partir del cual la figura de Eva Perón va en ascenso en el espectro político. Ella misma afirmó en su autobiografía titulada *La razón de mi vida* (1951): “Una mujer superficial, escasa de preparación, vulgar, ajena a los intereses de patria, extraña a los dolores de pueblo, indiferente a la justicia social, y sin nada serio en la cabeza, me hice de pronto la fanática en la lucha por la causa del pueblo y haciendo mía esa causa”. Mujer infatigable, fundó innumerables escuelas, hospitales, asilos y consolidó su propia fundación que llevaba su nombre. Estos rasgos mencionados son los más resaltados tanto por partidarios peronistas y los que ven en ella una mujer revolucionaria. La popularidad de Eva Perón era descomunal. La propaganda gubernamental era gigantesca e instrumental en favor de la pareja presidencial. Trascendió su fama a que La Plata cambió de nombre a ciudad Eva Perón que fue el nombre oficial por tres años. También los títulos universitarios que confería la Universidad de La Plata llevaban la inscripción: Universidad Eva Perón.

Se ha escrito bastante en la propia Argentina sobre la personalidad de Eva Perón. La abundante literatura en favor del peronismo nos remite a esa vieja sentencia: “La historia la escriben los vencedores”. Son pocos estudios que tratan de mostrarnos estos episodios peronistas de forma desapasionada. Se puede mencionar al historiador Alfonso Crespo con *Evita, viva o muerta* (1980), y la producción literaria *Santa Evita* (1997) del escritor argentino Tomás Eloy Martínez, entre otras. Ambos autores tratan de reflejarnos de manera objetiva tanto la parte emotiva que personificó la figura de Evita como la parte negativa que conllevó este régimen populista. El autor del *Cóndor indio* nos relata que la Santa Evita incurrió en pecadillos como favoritismo a sus partidarios, nepotismo familiar, persecución y odio a sus opositores. Como diría Friedrich Nietzsche: “Humano demasiado humano”. Lo humano en Evita fue que no ignorara los peculados, las malversaciones, los desfalcos, las extorsiones y el despilfarro de fondos públicos a que se consagraban, en diversa escala, tanto el general del pueblo, como el hermano Juan Ramón Perón y sus allegados más próximos. Crespo indica el caudal económico de la Santa: “Es probable que Eva estuviese en colusión con ellos, como puede inferirse por la colosal fortuna personal que acumuló y que a su muerte sería causa de un complicado pleito entre los Duarte y Perón”. Se habló de 300

millones de dólares.

El filósofo H. C. F. Mansilla en su ensayo *Los problemas de la democracia y los avances del populismo* (2011) afirma que el ejemplo paradigmático del populismo clásico en Latinoamérica es el régimen peronista (1943-1955). Los rasgos populistas están trazados por (1) un liderazgo eminentemente carismático: “Yo elegí ser Evita para que por mi intermedio el pueblo y sobre todo los trabajadores, encontrasen siempre libre el camino de su líder”; (2) la exaltación discursiva del pueblo: “Lo único que yo había hecho era decirles la verdad y darles lo que todos hasta entonces les habfan negado”; (3) las ideologías y programas juegan un papel secundario; (4) la exaltación del enemigo. “El país estaba solo. Marchaba a la deriva sin conducción y sin rumbo. Todo había sido entregado al extranjero. El pueblo sin justicia, oprimido y negado. Países extraños y fuerzas internacionales lo sometían a un dominio que no era muy distinto a la opresión colonial”. Todas estas conjunciones tienen un simple propósito estratégico que es la toma y la consolidación del poder. Todos estos elementos en la praxis fueron exitosamente explotados por Evita Perón. Una mujer que intuyó cómo hablar al pueblo y percibió lo que el pueblo quería oír: *Vox populi, vox Dei*.

Los proyectos de poder van unidos con lo que el pueblo anhela creer. Una vez encaramados en el poder los gobernantes no necesariamente cumplen esas esperanzas depositadas en el líder carismático. Esta aseveración fue descrita por Nicolás Maquiavelo en *El príncipe* (1513). Numerosos analistas han señalado que la esperanza religiosa en la redención se transforma políticamente en un programa de reforma política radical, pobre en contenidos específicos, pero rico en retórica, gestos e imágenes. Es necesaria la legitimidad del pueblo para la toma o la conservación del poder en todos los contextos y regímenes políticos. Esta legitimidad estaba íntimamente ligada a los sueños de los “descamisados” argentinos que esperaban días mejores.

En plena juventud (30 años) Evita cayó enferma, víctima de un mal irreversible: el cáncer. Sin doblegarse siguió luchando hasta sus últimos días, apenas sostenida por inyecciones de morfina. Murió el 26 de julio de 1952. Sus restos fueron embalsamados e idolatrados por más de dos millones de personas durante ocho días. El 10 de agosto de 1952, dos millones de personas asistieron al sepelio más alucinante de la historia Argentina. Sobraron ofrendas florales y rebasaron las lágrimas alrededor del féretro montado sobre la cuna de un cañón.

El régimen peronista en la praxis favoreció una cultura política del autoritarismo: el descalabro de las instituciones estatales, la instrumentalización de los medios masivos de comunicación y la formación de nuevas élites muy privilegiadas. Pero a pesar de este nefasto legado muchos argentinos y románticos revolucionarios prefieren recordar a este periodo populista como Evita Perón misma alentó a inmortalizarlo: “Hubo, al lado de Perón una mujer que se dedicó a llevarle al presidente las esperanzas del pueblo, que luego Perón convertiría en realidades (...). De aquella mujer sólo sabemos que el pueblo la llamaba cariñosamente Evita”.

**Freddy Zúrate. La Paz.
Escritor y abogado.**



Homero Carvalho

Homero Carvalho Olliva. Premio Nacional de Novela del Gobierno Municipal de Santa Cruz con "*Memoria de los espejos*" y "*La maquinaria de los secretos*". Forma parte de "Antología del cuento boliviano contemporáneo. The Fat Man from La Paz" (EE.UU.), "El nuevo cuento latinoamericano" (México), "Profundidad de la memoria" (Venezuela), "Antología del microrelato" (España) y "Se habla español" (México). Ha publicado los poemarios "*Los reinos Dorados*", "*El cazador de sueños*" e "*Inventario nocturno*" (Premio Nacional de Poesía 2012) cuya muestra aparece en esta página.



Laika

Hasta hoy la muerte era algo que leía en los obituarios de los periódicos veía en los noticieros de la televisión y en los velatorios de las funerarias que la vende a crédito ofreciéndonos ataúdes con aire acondicionado.

La muerte llegó hasta mí cuando en mis brazos sostenía a Laika la permita negra que el enamorado de mi hija le regaló por el día de su cumpleaños.

Una cachorrita de seis meses que era el regocijo de mis hijos y que aprovechó un descuido para salir corriendo a explorar la calle por donde un infeliz pasó velozmente y ni siquiera detuvo el automóvil después de pisotear su pequeño cuerpo.

La muerte se posesionó de ella cuando la llevábamos al veterinario mientras mi hijo desesperado y angustiado corría en el coche como un loco con la esperanza de salvarle la vida.

En el trayecto sentí cómo su corazón dejaba de latir hasta que quedó inerte en mi regazo.

Mi hija colgó la fotografía de Laika en el facebook y escribió en su muro que esperaba que en el cielo de los perritos esté comiendo muchas croquetas y huesitos y jugando con los caracoles gigantes que merodean nuestro jardín que la cachorra miraba con curiosidad mi hijo le pidió a Laika que le muerda los tobillos a Dios como lo hacía con nosotros correteándonos por toda la casa.

Patria

La página en blanco es la patria del poeta habrá de liberarla poblándola de versos o morirá en el intento.

Mi padre

Mi padre murió en 1989 y hasta ayer no lo supe con certeza su crepuscular ausencia llegó hasta mí como la luz de esas estrellas que se murieron hace miles de años. Lo supe cuando uno de sus libros me encontró desprevenido y al leer su amorosa dedicatoria recordé cuánto lo extrañaba. Recordé esas épocas en las que me asombraba su romántico anarquismo su terrenal sabiduría y su especial poder de seducción talento de ángel en celo con el que apalabraba a las más hermosas mujeres y yo era una semilla que soñaba ser como ese árbol gigante poblado de quimieras amazónicas épocas en las que el futuro tenía el nombre de mi padre. Cerré el libro y me dispuse a engendrarlo en mi memoria para hacerlo nacer con mis palabras.

Herencia

No vayan a creer en Adán y su manzana en los héroes de la historia oficial en la solemne Constitución y sus cuentos de Leviatán en los pronósticos del fin del mundo ni en las lágrimas de los políticos cuando hablan de la patria la patria no es otra cosa que alguien a quien amar una ciudad elegida para vivirla una canción que nos convoca un pasaje imprescindible y los abrazos de sus padres y por cierto los nueve meses que maduraron cual simiente nuestra en el vientre acuático de su madre y el amor que se estremecía haciéndonos balbucear de alegría cuando pateaban la luna anunciando que pronto nacerían esos hijos míos y que sepan que cuando nacieron descubrimos que nosotros éramos sus herederos.

Lección de gramática

Cuando éramos niños las muchachas tenían nombres de santas y beatas se llamaban Rosario, Juana, María, Inés.

Y lo importante era el sujeto. Por ejemplo: María es una niña bonita.

De jóvenes sus nombres se volvieron secundarios y los atributos del predicado nos hechizaron: las imponentes nalgas de Rosario las inequívocas piernas de Juana los negros ojazos de María. las indivisibles tetas de Inés que eran más atractivas que los ángulos de todos los cosenos.

Y ahora que estamos viejos los verbos pretéritos son el presente y ya no sabemos si las nalgas eran de Rosario, de Juana, de María o de Inés. Confundimos sujeto con predicado; pero, a la profesora que se parecía a Rita Hayworth y a nosotros, ya no nos importa.

La lucha de Don Quijote

En los tiempos cuando la estirpe de las palabras era el centro del universo y le otorgaba sentido a la vida el discreto Sancho Panza amo y señor de la insula Barataria descubrió que los desvelos de Don Quijote de la Mancha eran producidos por el lenguaje.

El ingenioso guerrero de la adarga sabía que las palabras tienen memoria y luchaba hidalgamente para que no olvidemos su pasado y siglos después repetamos cada una de sus ingeniosas frases como si las hubiéramos escuchado de boca del propio caballero de los leones al que todos tenemos por orate y sin embargo lo citamos ufanos de hablar como razonables y grandes filósofos.

En Homero predomina el tono narrativo, el estilo al que nos tiene tan acostumbrados y en el que se desempeña tan bien y junto a él vemos una experimentación formal que le lleva más allá sin perder ni un ápice de su eficacia. Homero, con su realismo, nos contagia su ardor romántico. Puede parecer una paradoja lo que acabo de escribir y soy consciente de ello. Por eso pasaré a explicarla: la forma utilizada por el poeta es realista pero su fondo, su contenido, está lleno de romanticismo. Y el amor por la palabra recorre el libro. Teresa Domingo Catalá (Premio Nacional de Poesía, España)



Del libro "Un hombre sentimental"

El gordo de La Paz

Gonzalo Lema

Tercera y última parte

e.

—No tema —dijo Marvic Jr.—. Siempre tomo así en el almuerzo. Y en casa de mi padre era peor. Antes de que supiéramos que andaba mal del corazón tomábamos entre tres y cinco botellas del tinto. Él, yo, déjeme ver... una copa mi madre, dos o tres mi hermano, y Michelle, mi cuñada... Además usted no es corto de manos. ¿De cómo cuernos lo asignaron a este caso?

Marvic Jr., el sapo de la papada floja y la mirada perdida, desparramado como estaba en una cómoda aunque angosta silla de respaldo alto, me hablaba desde el fondo estático de sus ojos negros, con estilo y tono ventrílocuo. El nudo de la corbata se le había desplazado a un costado del cuello, y hacía rato que su frágil peinado se le había ido sobre la frente.

—La semana pasada me la pasé buscando a una adolescente ansiosa de amar. Tenía todo en su casa, incluso hidromasaje en su baño y unos perros enormes, de pelo largo, que yo sólo había visto en películas. De pronto desapareció. Yo abrí su mostrador en busca de pistas y encontré que su talla era seis en americano. Imagine qué mujerón. Bueno. El padre me metió un montón de dinero al bolsillo para que apresurara la búsqueda. La hallé en las faldas de un anciano, amigo de su abuelo paterno, otorgándole la franquicia respectiva para que le recorriera la piel con mano leona. Me imagino que por méritos.

—¿Del viejo?

—No, mío. Digo que me asignaron a este caso por méritos. Es del mismo rubro que el anterior, por lo demás, salvo ligeras variantes.

Llegamos a las 11:30 y empezamos, por orden suya, de la siguiente manera: whisky sour, dos rondas. Entonces me quité la corbata negra del uniforme y la embuté en uno de los bolsillos de mi saco. Ahí llegó un cóctel de algo en una copita de champagne, con una salsa blanca que apenas alcanzaba a cubrirlos enteros. Después pidió crema de espárragos y yo le cambié el color echándole un montón de llajua. Ya no pude con el segundo plato que además llegó con un jugo color café bastante grosero. Entre plato y plato mucha gente perfumada estrechaba la mano de Marvic Jr. y le ofrecía ayuda. Ninguno reparó en mí.

Después las siete botellas del tinto.

—Sigamos tomando —dijo, los ojos levemente irritados—. Mi vuelo sale a las seis.

—Pero esta tarde puede pasar un montón de cosas...

—¿Usted cree que yo podría detener al gobierno? ¿Verdad que no? ¿O ablandar a los secuestradores? Dígame lo que puedo hacer.

—Quién hereda todo...

Los postres nos llegaron en una curiosa mesa pequeña provista de ruedas y una caja de vidrio antimoscas. Los pasteles, las gelatinas de colores y los budines, las cremas y las tortas esperaban al fondo con aire de cadáver.

Marvic Jr. también tenía aire de cadáver.

—¿Por qué me odia? —me preguntó suave, sin mover un sólo músculo de su cara ni de su cuerpo.

No dudé antes de clavarle un cuchillazo más.

—Odio a los ricos. Me parecen lo más bedondo después de la caca de perro pisada.

No modificó la expresión de su rostro. Siguió aplastado contra su asiento como si todavía esperara mi respuesta.

—Me ha oído? —le pregunté—. No me gustan en ningún instante de la vida. Cuando los encuentro con problemas casi siento satisfacción. Pero preferiría no encontrarlos.

—Usted se hace el duro —me dijo. La voz le salió por la

oreja derecha—, pero en realidad es un blando confundido en la mugre. ¿Quiere mi opinión? Nosotros, los ricos, sentimos dolor de estómago con gente como usted. Preferimos un delincuente, o un mendigo, a tipos que todavía creen mantener la decencia de no ser ni lo uno ni lo otro sin ser más que eso. Exactamente como usted.

Respiré profundo y luego vacié mi copa de un solo impulso. En ningún momento, mientras me hablaba, le quité los ojos de encima. Fugazmente pensé en la posibilidad de que me dejara con la cuenta.

—Estoy de acuerdo en todo lo que me dice —le dije, con problemas en la lengua—, menos en un punto: los delincuentes son siempre ustedes. Pero además me olvidaba decirle que ustedes



son gente que duele al país. Basta que respiren para que brote otro pobre por ahí. ¿Por qué no paga y nos vamos? A usted lo espera un velorio.

f

—¿La gente como usted —me preguntó— por quién vota en las elecciones?

Era las cinco de la tarde y unos minutos. Marvic Jr. y yo nos encontrábamos en una de las mesas del fondo de la cafetería del aeropuerto frente a sendas tazas de café. Habían más mesas ocupadas alrededor nuestro pero nadie, esta vez, se acercó a estrechar la mano del sapo.

Su pregunta no distrajo mi mirada del avión parqueado al fondo. Era uno de color metálico oscuro, con letras negras, la mitad de un jet comercial, de alas rectas y panzón. Nunca supe de sus marcas y modelos. Cuando era chico tenía la costumbre de clasificar a los de mi edad según esa afición: los que sabían de aviones, mis desconocidos; los que no sabían ni les importaba, jugaban en mi equipo.

—Yo soy de Siles, el Falso Conejo, y del Brasil 82, con Fal-

cao, Sócrates y Zico. Nunca me olvidaré de ese período, entre otras cosas porque por ahí terminó lo del Derecho para mí. Después de la valentía de Siles, no veo nada. Yo creo, además, que la democracia no nos toma en cuenta.

—A quienes...

—A los pobres —le dije, rápido— No nos toma en cuenta porque hay una apropiación del sistema, una dictadura de los políticos. ¿Usted qué cree?

Marvic Jr. hacía enormes esfuerzos por mantener los ojos abiertos. Nueve del tinto. Casi de un salto se zambulló en su gran taza de café. A los segundos, con la boca aún teñida, me dijo:

—No entiendo nada.

—Ustedes no votan —le dije—, invierten, por eso no entienden. La democracia debía ser de y para los pobres. Nos gusta su aire aunque no nos dé nada a cambio. A ustedes no tiene por qué gustarles.

—No se cansa de pelear —dijo el gordo desde el fondo de su taza—. ¡Dios, qué mal me siento! Debe ser el vino.

—Por supuesto, pero podría decir que es la pena. Un ciego apareció por la puerta: lentes redondos y negros, bastón blanco de aluminio, un perro y una niña por detrás. Vendía lotería a gritos rítmicos, cada treinta segundos. Marvic retorció su cuello para mirarlo.

—Será entre hoy y mañana —dijo mirando al ciego que acababa de introducir su bastón entre las polleras de una chola sentada—, aunque estos operativos se realizan normalmente por la madrugada. ¿Qué opina de las guerrillas urbanas?

—Que germinarían muy bien en El Alto de La Paz.

—¿Estará allí?

—Tal vez, quién sabe.

—Hágame un favor, Blanco: sea cual sea el resultado, visítame en La Paz. Mi teléfono está en la guía, igual mi dirección. Aunque no crea, en todo este día he comprendido más acerca del secuestro que en los siete restantes.

—Agradezca a los pichones...

—Ya lo hice —me dijo, como aburrido—. Y a usted, por su paciencia.

—Bueno

Los parlantes llumaron por tercera vez a los pasajeros. Marvic se quitó, sacudió y volvió a vestir el saco. Sacudió la cabeza y se peinó con los dedos. Tenía los ojos irritados.

Un hombre canoso, vestido de gris, de esos que hacen suspirar a las gordas y a las flacas, le dio la mano y le susurró algo al oído. Luego se volvieron a dar la mano. Estuvo a punto de estropear el lastrado de mi zapato.

Marvic volvió a considerarme.

—No se olvide de mi invitación.

—No me olvidaré.

Y desapareció. Desapareció para siempre de mi vida.

Fin

Gonzalo Lema Vargas. Tarija, 1959.
Novelista y narrador.

EL MÚSICO QUE LLEVAMOS DENTRO

Ballet oficial de Bolivia

María Teresa Rivera

Segunda parte

Entre otros bailarines invitados que participaron en diferentes espectáculos realizados por el Ballet Oficial en los años 80, se puede mencionar a Sandra Giacosa y Alejandro Godoy, primeros bailarines del teatro SODRE de Montevideo, Uruguay; Oswaldo Beiro, Adelaida Gómez, Víctor Carnesolta, Berta Gómez y el maestro Pedro Beiro, primeros bailarines y solistas del Ballet Camagüey, Cuba. Igualmente se interpretaron coreografías de Emma Sintani y se estrenó la Misa Criolla de Ariel Ramírez, coreografía especialmente creada para el Ballet Oficial por Emma Sintani.

En 1989, Bolivia participó en la I Gala Latinoamericana en Asunción, Paraguay, representada por los primeros bailarines del Ballet Oficial de Bolivia: Norma Quintana y Fernando Ballesteros. En 1990 con Giselle, se despidió del escenario los primeros bailarines, terminando así una brillante etapa de la compañía.

En el año de 1991, asume la Dirección del Ballet Oficial el Primer Bailarín, Jaime Méndez Zambrana, quien implementa un método en base a las técnicas rusa y francesa. Bajo su dirección, el Ballet Oficial participa en festivales nacionales en diversas ciudades de Bolivia y comparte escenario con los principales bailarines del Teatro Colón de Buenos Aires, en funciones de Sucre, Potosí y Cochabamba. El público tarijeño acoge con igual satisfacción y orgullo las presentaciones en los cuatro festivales nacionales realizados.

En 1991, la llegada del maestro Lázaro Curreño del Ballet Nacional de Cuba es una gran experiencia artística para el elenco del Ballet Oficial. En 1994 llegan los principales bailarines del teatro "Taras Shevchenko" de Kiev y ex compañeros de estudio del Director Jaime Méndez para compartir clases, ensayos y experiencia que brindan a los bailarines bolivianos un criterio más amplio del teatro y la técnica rusos.

En 1995, Silvia Khaeler, coreógrafa del Teatro Colón de Buenos Aires, colabora en el montaje del ballet contemporáneo "Concierto de Agua y Bambú", y dicta un taller de danza contemporánea en la ciudad de La Paz propiciado por el Ballet Oficial.

En 1996 el Cuerpo de Baile y la Escuela del Ballet Oficial de Bolivia preparan espectáculos conjuntos presentando obras como El Corsario, Carmen, Cascanueces y Paquita. Y en 1997 realizan actuaciones en la Casa de la Cultura y en el Teatro Municipal también en coordinación con la escuela de Ballet Oficial y la Orquesta Sinfónica Nacional presentando obras como Sinfonía del Oeste, Goldshak y el Bolero de Ravel.

A partir de 1998, bajo la Dirección General de Jaime Méndez y Dirección artística de Mariela González, El cuerpo de Baile y la Escuela del Ballet Oficial de Bolivia presentan en el Teatro Municipal de La Paz y en la ciudad de Santa Cruz el III Acto del ballet El lago de los Cisnes y Piazzoleando.

A Partir de 1999 el Ballet Oficial de Bolivia se grandemente beneficiado con la llegada de los maestros rusos altamente calificados a nivel mundial, Guenady Baukin, Luzmila Sorochinskaya, Irina Yakimova y la maestra coreógrafa norteamericana, Elizabeth Rhodes.

El año 2000, el cuerpo de Baile y la Escuela del Ballet Oficial de Bolivia bajo la dirección de Jaime Méndez y Mariela González como directora Artística trabajan con la técnica Vaganova, poniendo en escena obras como El Lago de los Cisnes, Don Quijote, Piazzoleando y Turn on the Night.

Norma Quintana, quien fuera Primera figura del Ballet Oficial y por varios años Directora del Taller de Danza de la Universidad Católica Boliviana -grupo que sobresalió en la es-

cena de danza boliviana—asumió la Dirección del Ballet Oficial en el año 2005 hasta el 2007. Repositora de tantos ballets importantes como Giselle, Salome, Paquita, Bella Durmiente, Silphides, e Interplay, y ella misma coreógrafa, fue autora de varias creaciones coreográficas. Su principal preocupación fue la de elevar el nivel técnico e interpretativo de los integrantes del Ballet Oficial para lo que desarrolló importantes talleres de danza. Sus más recientes logros fueron las presentaciones de "Uyariwaycheq" con música del compositor boliviano Sergio Prudencio y la temporada ofrecida con los ballets Sífides (con música de Chupin) y Petroushka (música de Stravinsky).

Actualmente dirige el Ballet Oficial la maestra Noreen Guzmán de Rojas.

Tal es la importante trayectoria del Ballet Oficial de Bolivia que en el año 2003 cumplió 50 años de existencia. En tal ocasión recibió la más alta distinción que otorga el Gobierno Boliviano: El Cóndor de los Andes.

